

NÚMERO 9.

AÑO PRIMERO.

LIBERTAD.



INDEPENDENCIA.

Martes 2 de mayo de 1854.

PENSAMIENTO Y VOZ DE LA JUVENTUD,

PERIÓDICO CIENTÍFICO-LITERARIO

BAJO LA DIRECCION DE D. J. G. DE LIMA.

Se publica cuatro veces al mes en ocho páginas, marca española, buen papel y esmerada impresion.—La Direccion, calle del Colmillo, 12, segundo.—Su precio 4 rs. al mes en Madrid, y 5 en provincias franco de porte.—Se suscribe en Madrid en casa de Monier, carrera de San Gerónimo; Cuesta, calle Mayor; y en la de D. Pablo Villa, plazuela de Sto. Domingo, núm. 44.

AL DOS DE MAYO.

¿Por qué cuando la luz del DOS DE MAYO
Tiñe los cielos con matices rojos
A Madrid halla con mortal desmayo
Y arrasados de lágrimas los ojos?
¿Por qué su altiva frente
Cubre fúnebre velo,
Y su pecho valiente
Gemidos lanza de quebranto y duelo?
¡Ay! la luz de ese día
Alumbra de la guerra los horrores:
Los oprimidos su pendon alzaron
Y á su grito de muerte
En su trono los déspotas temblaron.
Ardiendo en justa saña
Su acero desnudó la madre España
Y á sus hijos llamó; si no vencieron,
No á la bravura, á la traicion cedieron.
El pecho dó no alienta
Un noble corazón, donde la mengua
Se apoya en las falacias de la lengua;
Es el que solo á comprender alcanza
El bárbaro placer de la venganza,
Y al que pudo vencerlos
Y en valor y en virtudes escederlos,
Dan la muerte inhumanos.....
¡Siempre fueron cobardes los tiranos!
No llores, no, Madrid: seca tu llanto,
Consuela tu quebranto:

Si con mano alevosa
De tus hijos el pecho desgarraron,
Con su muerte gloriosa
De laurel inmortal te coronaron,
Y su nombre escribieron en la historia.
La sangre es el bautismo
Que exige el heroísmo
Para entrar en el templo de la gloria.

ANTONIO SACRISTAN Y MARTINEZ.



España y Napoleon.

Un coloso, Señor de los Señores,
Reinos y Reyes gobernó á su antojo:
Con su bélico génio, y con su arrojo
Una raza fundó de Emperadores:
Hollaron sus vasallos invasores,
Con planta audáz, el misero despojo
De cien tronos, que fueron con sonrojo
Vil escarnio de rudos vencedores;
Pero embriagado de orgullosa saña,
Quiso clavar altivo sus pendones
Sobre un pueblo jigante, sobre ESPAÑA.....
Y entonces se empañaron sus blasones;
De la muerte torcióse la guadaña,
Y segó, sin piedad, sus batallones.

SERAFIN OLABE.

DAOIZ.



VELARDE.

El 2 de Mayo de 1808.

ENSAYO HISTÓRICO POR D. LUIS VIDART.



ESGRACIADO el destino de la humanidad: presenta siempre á nuestros ojos la virtud mezclada con el vicio, la verdad seguida del error. Este pensamiento sintético se ve confirmado en la historia de todas las naciones; empero cumple á nuestro propósito sacar ejemplos de los anales españoles.

Rotas las huestes de la monarquía goda en las márgenes del Guadalete, sometida la España al imperio de la media luna, un manto de ignominia cubría á los degradados y envilecidos godos. Sin embargo, desde los fragosos montes de Asturias alza Pelayo la bandera de la reconquista, y siete siglos de heroica lucha dan por resultado la total espulsion de los hijos del profeta.

El glorioso reinado de los Reyes Católicos presenta dos hechos diametralmente opuestos. La desierta creación del tribunal de la inquisición, que tanto ha contribuido á ahogar los vuelos del génio, hecha por una reina que comprendió los vastos planes del sábio navegante que descubrió un nuevo mundo.

Vengamos á época mas cercana. Carlos IV empuñaba, mal decimos, dejaba rodar por el lodo el cetro de S. Fernando. Un menguado favorito dirigía sin rumbo cierto la nave del Estado; la corte, sin moralidad y sin decoro, habia perdido hasta la hipocresía de la virtud; los antiguos descendientes Mendozas, Guzmanes y Girones cifraban su orgullo en adoptar los vicios de la clase mas baja de la sociedad, con la cual procuraban confundirse. Hasta los hijos de las musas, cuya sublime mision es cantar la virtud y anatematizar el vicio, siquiera se oculten bajo las doradas techumbres de un palacio, los hijos de las musas alababan á Godoy en pago de una mezquina proteccion, indigna de tal muestra de agradecimiento.

España estaba degradada, y todo lo que á ella tocaba se degradaba tambien. Napoleon, el génio de las batallas, que habia obligado al emperador de Rusia á firmar la paz de Tilsitt, olvida en la política española aquellos planes cuya grandeza admiraba á la Europa, y convertido de *leon en raposa* (1), apela á villanos medios para sentar á un hermano suyo en el trono de Recaredo. No intentamos hacer una historia de aquellos odiosos manejos; pasaremos

en silencio tanta ineptitud, tanta pequeñez y tanta corrupcion, y nos fijaremos en uno de los mas brillantes hechos de la guerra de la independencia, de esas páginas gloriosas de la historia contemporánea que siempre harán latir de entusiasmo los corazones españoles.

Las huestes napoleónicas ocupaban la mayor parte de la Península: faltando á la fe de los tratados se habian apoderado de Barcelona, Figueras y Pamplona; aprovechándose de la falta de prevision del gobierno, tambien S. Sebastian habia caido en sus manos, y el gran duque de Berg, Joaquin Murat, dominaba en Madrid á la Junta de gobierno, compuesta de ancianos y traidores á la patria. Carlos IV, Luisa de Parma, Fernando VII, el príncipe de la Paz habian marchado á Francia, cediendo á pérfidas sugerencias; empero la nacion abandonada á sí misma, lanzó el grito santo de independencia, y Napoleon encontró una España que no era la de los Borbones, una España que no era Carlos IV (1).

El domingo 1.º de Mayo pasó Murat una gran revista en el salon del Prado. El pueblo madrileño, convencido de que los que habian entrado como amigos aspiraban al título de conquistadores, dió claras muestras del desprecio con que miraba los batallones franceses. El mismo gran duque de Berg fue insultado y silbado por un numeroso grupo al pasar por la Puerta del Sol para retirarse á su casa. La mañana de este mismo dia se habia repartido un folleto titulado *Carta de un oficial retirado en Toledo*, que trataba de persuadir á los españoles de la *conveniencia de cambiar la rancia dinastía de los Borbones por la nueva de los Napoleones, muy enérgicos* (2). Herido el noble orgullo castellano con la idea de ver cambiada la dinastía por influencias extrañas y hollada la bandera que un dia ondeó triunfante en los campos de Pavia y S. Quintin, se veia claramente un próximo levantamiento. De continuo se verificaban choques entre franceses y españoles, y entre estos merece citarse el duelo que hubo en la fonda de Genieys entre tres oficiales españoles, uno de ellos Daoiz, contra igual número de oficiales franceses; duelo que aplazado dichosamente por la mediacion de los padrinos, guardó para mas provechosa lucha al ilustre defensor del Parque.

Amaneció el dia 2 de Mayo, dia señalado para la salida de los últimos vástagos de la familia real

(1) Pastor Diaz: *Discurso parlamentario*.

(2) Hemos sacado esta noticia y alguna otra de las que en este artículo ponemos, de una curiosa Memoria escrita por D. Rafael Arango, teniente de artillería en aquel entonces, la cual lleva por título *Manifestacion de los acontecimientos del Parque de artillería el dia 2 de Mayo de 1808*.

(1) César Cantú: *Historia de cien años*.

los infantes D. Antonio, D. Francisco y la reina de Etruria. La plazuela de Palacio se veía llena desde muy temprano de una gran multitud de hombres y mujeres, que miraban con dolor los preparativos de viaje, símbolos de la opresión que el príncipe Murat ejercía sobre la corte de Madrid. A las once llega un edecán á dar la orden de la partida; al bajar por la escalera para tomar el coche los infantes D. Antonio y D. Francisco, una pobre anciana lanza un grito de sentimiento, el pueblo no puede contener por mas tiempo su indignación, y se arroja á cortar los tiros de los coches destinados á conducir las reales personas; la escolta de guardia imperial hace fuego sobre el paisanaje indefenso, que lejos de intimidarse acomete denodadamente á los soldados hijos de la victoria.

El ardor del pueblo madrileño crece por momentos. Hombres, mujeres y niños todos combaten con singular arrojo, todos saben morir como buenos en defensa de la libertad y de la patria. Un palo, un puñal ó una pica son acaso las únicas armas que empuñan los heroicos madrileños, mas son las suficientes para dar la muerte á centenares de los valerosos soldados de Austerlitz y Jena, de Eilau y Friedland.

Cuatro mil hombres de tropas españolas componían la guarnición de Madrid; la orden de la plaza de aquel dia prevenía que las tropas permaneciesen en sus cuarteles, sin permitírselas reunirse con el paisanaje, y esta orden, cumplida con hártro sentimiento por los gefes, obligaba á los soldados españoles á permanecer pasivos en la sangrienta lucha que á sus ojos se verificaba.

Tres horas habían pasado desde que comenzára el levantamiento, y éste continuaba adquiriendo cada vez mayor incremento. Joaquin Murat montó á caballo desde el principio de la insurrección, y se mantuvo cerca de la puerta de su palacio, rodeado de su guardia. Desde allí, mandaba á sus ayudantes que llevasen sus órdenes, en las cuales se prevenía que se cerrasen las puertas de la capital, para evitar la entrada de los habitantes de las cercanías, y que las tropas situadas en los campamentos de la casa del Campo, Chamberí y San Bernardino, ocupasen las calles de la capital. Estas disposiciones fueron cumplidas, mas no por esto cesaba el combate; la caballería de la guardia imperial entrando por la puerta de Alcalá, cargó á los grupos que se hallaban en la calle de este nombre y carrera de S. Gerónimo, y la artillería volante disparó varios cañonazos por la ya dicha calle de Alcalá; y una columna de infantería subió por las Platerías y calle Mayor haciendo fuego á los balcones. Mas viendo el gran duque de Berg

y de Cleves que estos medios no eran aún los suficientes para apagar el fuego del levantamiento, invitó á las autoridades españolas á que saliesen por las calles proclamando la paz y el olvido de lo pasado. Así se verificó: y el pueblo, fiel á la voz de sus magistrados, depuso las armas tan gloriosamente empleadas aquel memorable dia.

El último sitio donde se combatió fué el Parque de Artillería; no tenia este edificio ninguna clase de resguardo, ni fortificación; era una gran casa que habia sido palacio del duque de Monteleón, la cual fué defendida por los capitanes de artillería Daoiz, Velarde, y Cónsul; el teniente Arango, dos subtenientes, diez y seis artilleros entre sargentos, cabos y soldados y unos ochenta paisanos armados. Esta fuerza desarmó á la guardia de tropa francesa y la dejó prisionera bajo la vigilancia de una compañía de granaderos del Estado; los cuales, á pesar de lo que dicen la mayoría de los historiadores, no tomaron parte en la defensa del Parque, y si bien no hicieron armas contra el paisanaje, observaron la orden de no unirse con él (1). Un batallón francés fué el primero que intentó apoderarse del Parque; ya los gastadores trataban de forzar las puertas, cuando Daoiz dá la orden de hacer fuego: tres cañonazos que se tiraron traspasando la puerta, y el fuego de fusilería desde las ventanas, pone en vergonzosa fuga á los soldados franceses. Entonces Daoiz pone fuera del edificio tres cañones, mirando uno á la calle de S. Pedro (hoy del dos de Mayo), y los otros dos en dirección opuesta, enfilando el uno la calle de S. Bernardo y el otro la de Fuencarral. Reunidos de nuevo los enemigos en la calle ancha de S. Bernardo, se trabó una reñida pelea, en que durante una hora fueron rechazados por los nuestros los reiterados ataques de las tropas francesas. Entonces fué cuando enardecida la sangre del teniente de granaderos del Estado don Jacinto Ruiz, abandonó su inmóvil compañía, y colocándose gallardamente al lado de una de las piezas de artillería, herido en un brazo por una bala de fusil, no quiso retirarse, hasta que perdido el conocimiento por la pérdida de sangre, fué conducido por unos paisanos al interior del edificio.

Pocos momentos duró la suspensión de hostilidades; tenáz el francés en su empeño de apoderarse prontamente del Parque; avanzaba denodadamente á paso redoblado por la calle de S. José (hoy de Daoiz y Velarde), empero de nuevo el valor y esfuerzo de los patriotas españoles, rechaza la columna francesa, que deja sembrada de cadáveres la calle y

(1) Arango: Manifestacion de los acontecimientos etc.

puerta en precipitada fuga. Las nuevas de tanto heroísmo llegan hasta Murat; éste manda al general Lagrange que al frente de dos mil hombres se apodere á toda costa del Parque de Artillería.

Habian quedado reducidos los defensores de aquel baluarte del honor español á cincuenta hombres entre artilleros y paisanos; cincuenta héroes que á pecho descubierto iban á resistir el ataque de dos mil soldados avezados al triunfo en los campos de Italia, Egipto y Alemania. ¡Preciso es ser españoles para ser tan tenaces en no torcerse cuando marchan á la gloria! (1). Una gruesa columna francesa avanzaba por la calle ancha de S. Bernardo; en vano son los disparos de piezas de artillería, la columna llega hasta doce pasos de la batería española; solo quedaban treinta hombres entre oficiales, artilleros y paisanos al pie de los cañones; la primera subdivision de la columna francesa se disponia á hacer fuego, cuando el marqués de S. Simon metiéndose por bajo de los fusiles, y haciéndolos levantar por medio de su voz y su baston, evitó la muerte de aquellos treinta valerosos españoles; sin embargo, uno de los últimos tiros hirió á Velarde en el corazon y cayó muerto en el acto. El general Lagrange se adelanta á reconvenir á Daoiz, la contestacion del héroe es arrojarle sobre él, espada en mano; pero cinco ó seis soldados franceses le acometen á la vez, y despues de una defensa valerosa, cae atravesado de escotadas y boyonetazos.

Aquí terminaron los gloriosos hechos de aquel glorioso día, que el pueblo de Madrid y el cuerpo de artillería recordará siempre con noble orgullo. Solo nos resta referir la villana venganza del soberbio y desleal francés.

Al mismo tiempo que los magistrados españoles recorrian las calles proclamando la paz, el gran duque de Berg publicó un bando por el cual: «Todo el que fuese cogido con armas seria fusilado; todo el que tuviese gente armada en su casa sufriria la misma pena; toda reunion de mas de ocho personas seria dispersada á tiros; todo edificio donde fuese asesinado un francés, se entregaria á las llamas; los autores ó espendedores de escritos sediciosos, serian pasados por las armas; y finalmente se declaraban responsables á los amos de sus criados, á los comerciantes y gefes de oficinas y fábricas de sus dependientes, á los padres y madres de sus hijos, y á los superiores de los conventos de sus subordinados.» Cumpliendo este bando con severidad extrema, la Comision militar establecida en la casa de Correos, condenó á muerte á infelices cuyo único delito con-

sistia en llevar un cortaplumas ú otro cualquier instrumento que solo el miedo podia considerar como un arma. El salon del Prado y la montaña del Príncipe Pio fueron los sitios donde se ejecutaron los sangrientos y crueles asesinatos. Nada se respetó; el dolor de la mujer, la majestad del sacerdote, los blancos cabellos del anciano, nada sirvió de escudo al vengativo encono de las tropas francesas. La sangre de los mártires fecundó el árbol de la independencia. España se levantó en masa, el estudiante, el artesano, el labrador, todos corrieron á las armas para defender la patria amenazada.

Vencido el mariscal Dupont en los campos de Bailen, por las bisoñas tropas españolas, allí perdió su virginidad de gloria el ejercito francés (1). Los soldados vencedores del mundo aprendieron muy á su costa en los débiles muros de Gerona y Zaragoza, y en los campos de S. Marcial, Albuera y Vitoria que el indomable valor español no consiente opresores de la patria.

La importacion de la guerra de la independencia la reconocen todos los escritores extranjeros. Un autor francés afirma que la caida de Napoleon fue debida al fusilamiento del duque de Enghien y á la guerra de España (2). ¡Tanto poder tiene un pueblo que se propone ser independiente!

Destruido el imperio napoleónico, se reunió el congreso de Viena. Saraos, carreras de caballos, amores y toda suerte de diversiones, ocupaban agradablemente el tiempo de los reyes y embajadores que habian de arreglar los futuros destinos de la Europa. El congreso no anda pero baila, dice el príncipe de Ligne. Allí, entre el rumor de las fiestas se olvidaron los sacrificios de España; y esta desgraciada nacion, no sacó ninguna de las ventajas á que se habia hecho tan acreedora, por su heroica lucha contra el audáz conquistador, que soñaba con la monarquía universal.

Madrid 26 de abril de 1854.

(1) General Foy.

(2) Chateaubriand: Memorias de Ultra-tumba.

EL MISTICISMO.

El aliento de Dios que impulsa en los espacios, ese átomo de su grandeza llamado creacion, se derrama tambien en el alma del hombre, y hace brotar lágrimas de esperanza á sus ojos, y á su pecho suspiros de felicidad santa é inefable. El corazon, que quiere detenerse á reposar en el mundo, no conoce que una fuerza colocada virtualmente como santa diadema en las sienas de nuestro espíritu, le

(1) Arango.

aparta de lo perecedero, le encubre el polvo, cuyas nubes lleva en sus alas el viento, y le sublima á las altas regiones, donde el concierto de los mundos resuena perdido como un vago eco que lo finito rinde en su adoracion á lo infinito. El amor, ese preludio de otra vida, cuya luz sanifica la desgracia y cuyos consuelos se extienden hasta mas allá del sepulcro, es una letra falta de sentido, cuando no asciende á pedir su inspiracion á los cielos. La ciencia se rinde bajo el peso de su propia grandeza; si en la noche que la rodea, no busca aquella celestial aurora que circunda el cielo, donde existe grabada en el seno de Dios con caracteres de fuego la verdad absoluta. Los hombres pasarían por el mundo sin dejar esas lágrimas que arranca al corazon la lira de David, cuando eleva su canto entre el aroma de su amor, y sin conocer esos sacrificios sublimes que están escritos con sangre en las piedras de las Catacumbas, si el sentimiento divino no descendiera á levantar en sus brazos el alma humana herida por la desgracia y desgarrada por el puñal del desengaño.

Todos los pueblos cantan á Dios. El indio le divisa en el bosque, y corre en pos de su poder. El hebreo le vé aparecer precedido del trueno, acompañado del rayo, estendiéndose en ondulaciones de niebla sobre las arenas del desierto, y se postra ante la inmensidad de su grandeza. El griego le siente en su corazon, le oye cantar en la lira de Orfeo, y reflejarse en las esculturas de Fidias, y para identificar su sér con aquella esencia incomunicable, adora la belleza. El cristiano le mira en una cruz; desde aquel trono de ignominia, la creacion escucha el secreto de su desgracia, y siente correr por sus venas la sávia de su nueva vida, el espíritu divino se posesiona del hombre, y las generaciones entonan agrupadas en torno de ese suplicio el sublime canto del amor. El mundo moderno ha visto llorar á su Dios, y ha llorado con él, y en él ha padecido y en él espera. ¿Qué es esa magnífica literatura sino un sollozo? ¿Qué es esa colosal filosofia sino un gemido? Ved esos filósofos, contemplad como buscan á Dios: colocan la ciencia en su corazon, aspiran á sentir su infinito amor, lloran por ese bien, pronuncian su nombre misterioso, como si en ese nombre fueran envueltos oceanos de luz; llaman al arte en su ayuda, para que regenerando al hombre, y haciéndole digno de hollar con su planta el torbellino de los astros, le eleve hasta confundirlo en aquel eterno principio donde refluye la vida.

Preguntad á los poetas qué buscan cuando el santo rocío de la inspiracion descende á sus almas y decidles si ven algo sublime escondido en el acen-

to del arte; de ese eterno principio, cuyas creaciones son tan solo vagos presentimientos ó sublimes reminiscencias. Sí, porque todo lo grande, todo lo bello existió antes de ser, en idea: existió en aquella palabra que desde la eternidad pronunciarán los divinos labios, en aquel sublime pensamiento que al descender á la tierra, fué tan solo la eterna lágrima, que rodaba por la mejilla de Dios, destinada á serenar el inmenso mar de los dolores; y si así no hubiera sido, el principio que busca el arte jamás se hubiera revelado al hombre. El arte en su esencia es la espresion de la belleza, que no existe en lo creado, porque esos mundos tan deslumbrantes y esos tan hermosos horizontes, jamás han parecido bellos al artista, sino en cuanto su corazon les prestaba un sentimiento, ó les hacia brillar su mente con el reflejo de una idea. La belleza es la beatificacion cristiana, es el premio que Dios ha guardado para sus elegidos, y que en esencia solo es Dios mismo. Por la belleza, despojado el hombre de todas sus contradicciones, es el aroma que exhala la tierra, purificado con la aspiracion incesante hácia la divinidad, revelada tambien en lo que tiene el arte de absoluto. Esto no es paradójico ni oscuro. Por el arte, manifestacion de aquella idea que vagaba en la eternidad cuando todavia el mundo no habia sacudido el sueño de la nada, lo absoluto se aproxima á lo relativo, por la inspiracion, lo relativo asciende á lo absoluto.

¿Qué es, pues, el arte sino puro MISTICISMO? Y esto que se manifiesta en la teoría, pasa tambien á ser verdad en la práctica. El delirio del arte antiguo consiste en buscar la idea que absorbe el alma en el estrecho círculo de los límites, donde esa idea no se encuentra. Hesiodo lanza al aire sus quejas porque los dioses no escuchan desde el Olimpo su voz, y Esquilo aterra el teatro con el eco de sus maldiciones, porque las divinidades de Atenas no se conmueven cuando sus hijos corren ansiosos á los campos de Platea y á los combates de Salamina. Zéuxis anhela comprender la belleza absoluta y eterna, pero corre en pos de la forma; arrójala en el lienzo, y envuelta en la blanca nube de la inspiracion, nace Venus con sus ojos azules como átomos del firmamento, y sus cabellos de oro como el rayo del lucero que alumbraba el nacimiento de la noche. El canto de Virgilio se exhala en aquel supremo momento, símbolo eterno de toda la historia, en que el mundo material huía vencido ante el cielo del espíritu, cuyo horizonte empezaba á desplegarse en la cima del Calvario.

La arquitectura es la espresion tambien del misticismo que envuelven las artes. Desde el monton

de piedras que levantaron los pueblos primitivos, hasta las pirámides de Egipto; desde la cruz que recuerda al caminante la idea de su salvación, hasta la catedral que habla con su sublime silencio, todas las manifestaciones de ese arte encierran en su fondo la idea más pura y el más elevado sentimiento religioso. Cada uno de esos monumentos, como la escala mística de Jacob, simboliza el deseo del alma, que huye siempre del espacio, combate eternamente contra el tiempo, y enseña á las generaciones del porvenir, que el corazón del hombre ha buscado siempre ecos en la región de lo absoluto.

¿Sí, ecos santos, cuya armonía resuena como el suspiro del presentimiento, y cuya voz es tan bella como el sueño de la esperanza. ¿Y qué había de hacer el hombre si el sentimiento de otra vida no le sostuviera en la continua lucha á que está condenado? Las ilusiones, esos dones de los ángeles se desvanecen al soplo del desengaño. Las esperanzas, esos presentimientos de los cielos, mueren heridas por la desesperación.

El alma que se lanza gozosa en los espacios, choca contra el vacío, y el corazón que anhela conocer el amor, viene á morir en la tumba del olvido. El hombre estudia: pasa los días en el dolor, y las noches en el insomnio, interroga á los siglos, profundiza su propio corazón, y después de tan dolorosas fatigas, llega á dudar si existe, si su vida es la ilusión del mundo, que se refleja en la sombra de la nada, ó el juguete de diabólico poder que ha querido arrojarla al acaso en el inmenso mar de los dolores.

Desconfiad de las generaciones que no miran al cielo: desoid á los seres que no os hablan en el nombre de Dios. Ese nombre misterioso cuya sombra forman los astros con su luz, cuando vagan por el trono de los espacios, es el amor de mi espíritu. Cuando contemplo el espectáculo de la creación en esos momentos que el alma se siente á sí misma, y el mundo se revela en espíritu á nuestros ojos, no oigo más que una oración sublime, espontánea, ciega, que de esfera en esfera asciende al cielo en alas de los aromas y en el murmullo de los vientos. Cuando muge ¿qué dice el Océano? y ¿qué espresa el ave cuando canta? Si quitais la idea de Dios, el arte es un sueño y la creación una letra muerta porque carece de sentido.

El *misticismo* no es sólo la pasión de Santa Teresa, es el afán también que devora el alma cuando corre en pos de lo absoluto: es el amor por todas esas ideas que flotan en la eternidad, y que existen esencialmente en Dios, cuyo soplo descende á iluminar la mente del filósofo, y á verter raudales de

amor en el pecho del poeta. Fausto es tan místico como Fenelon. La filosofía de Hegel, buscando la razón universal en las páginas de la ciencia, es tan mística como la filosofía escolástica que intentaba encerrar á Dios en el círculo del silogismo: no importa que el amor se vincule en una manifestación de Dios; lo cierto es que el amor existe, y que en su más lata acepción se llama misticismo.

Dios no puede ser conocido por el hombre en toda su adorable unidad: los atributos que ponemos en Dios son ideas subjetivas de nuestro entendimiento, porque para Dios no hay más atributo que su propia existencia. Sin embargo, el hombre en su limitación, en su necesidad de separarlo todo, nacida también del antagonismo que constituye su ser, mira en Dios el atributo que su razón le dicta, y se postra sumiso á tributarle adoración, rendido por el fuego de su amor; pero como lo que es sólo atributo para el hombre, encierra en sí por sí toda la divinidad, no es menos cierto que la esencia divina descende al poeta que busca su belleza, al filósofo que anhela conocer la verdad absoluta, y al amante, que como San Vicente de Paul, ó Santa Teresa de Jesús se pierde en las ondulaciones del cielo para sentir en su corazón el ósculo del amor divino.

La idea de la Divinidad es el maná que nos sostiene en la vida, y el ángel que nos alienta en la muerte. En toda nuestra existencia nos sigue como el cielo que nos cobija, y la tierra que nos sostiene. Esa idea se relaciona á la cuna donde se meció nuestra niñez, al hogar doméstico que recogió nuestras primeras lágrimas, y al beso de nuestras madres: se despierta en los albores de la vida, alumbra las tinieblas del sepulcro, y cierra nuestros ojos, dándonos el sueño de la felicidad con la inefable promesa de la bienaventuranza, que es la unión del hombre con la esencia divina.

El amor divino es la fuente de la ciencia, es el secreto del poeta, y el destino del hombre. El *misticismo* de Dios hacia el hombre, si es posible hablar así, está espresado en la religión cristiana.

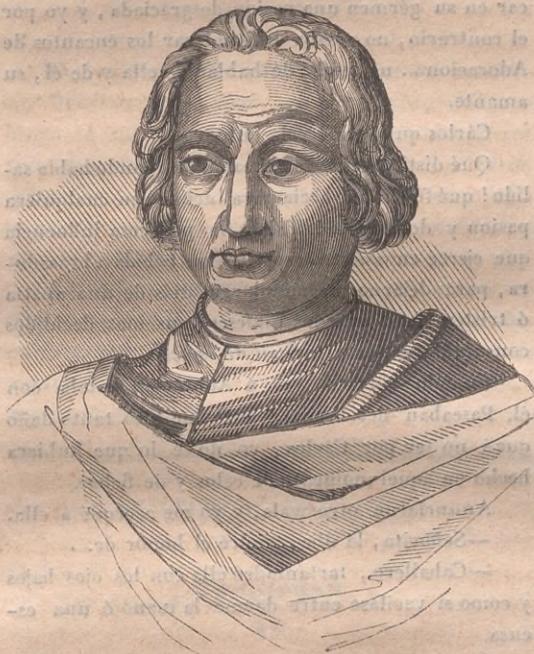
En una abandonada aldea, donde no lucía el oro, acababa de nacer un niño: el frío de la noche le hacía temblar y arrancaba lágrimas de sus ojos: menospreciado del mundo no encontró asilo en la tierra creada por su mano, y no fué compadecido de los elementos que recibieron el poder de su palabra, porque aquel niño era el Dios que vió pasar Isaías ante sus fascinados ojos, el que confundió á Babel y mostró á Moisés la prometida tierra; pero no viene armado del rayo: los conciertos que celebran su venida, son las lágrimas de su madre, que ha de acompañarle hasta la cima del Gólgota, donde

el Verbo esperado por las naciones lanzará su último suspiro para disipar las nubes de justa cólera, que velaban á la faz de los mortales el rostro del Eterno.

Dios nos ama. Su palabra está encerrada en nuestro corazon, y esta palabra no fué dictada por su infinito poder, sino por su amor inefable é inmenso. Los poetas, esos hijos perdidos del cielo, que sienten á Dios en su seno, deben levantar los ojos á adorarle y hacer que el cielo y la tierra se confundan en el sublime éxtasis del divino amor.

El estudio del sabio es la oracion de la inteligencia, y el desarrollo de la filosofía es el compendio de las manifestaciones de lo absoluto en el tiempo.

EMILIO CASTELAR.



COLON.

ROMANCE PRIMERO.

En un estrecho recinto
triste habitacion de un sábio,
el codo puesto en la mesa,
la frente sobre la mano,
y los inmóviles ojos
en un gran mapa clavados,
está Colon viendo un mundo
mas allá del Océano.
Un mundo de maravillas,
un mundo nuevo y extraño;
cual nunca pudo en sus sueños
la fantasia crearlo.

Un sol de espléndida lumbre
lanza allí sus puros rayos,
allí una luna de plata
brilla en los vírgenes campos.
Y los rios blandamente
van entre selvas llevando,
las aguas murmuradoras
sobre los lechos dorados.

En las cumbres de los montes
los árboles crecen tanto
que entre las nubes flotantes
esconden los verdes ramos.

De las flores el aroma
embriaga al aspirarlo,
el oído se deleita
con los trinos acordados,
que entre los bosques ensayan
aves de colores varios.
La soledad y hermosura
su mansion allí fijaron.

¡Mundo de dicha y de gloria,
mundo feliz é ignorado!

¡Ay! el piélagos sañudo
le cerca y defiende en vano!

Que ya Colon en su mente
pudo ansioso contemplarlo,
y ya se anima, y ya busca
al católico Fernando,

rey grande, rey poderoso,
del moro terror y espanto.

Su proyecto vá á decirle,
vá á suplicarle su amparo,
poco le exige, muy poco,
y un mundo le ofrece en pago.

Vestido de humilde traje,
severo el rostro, gravado
con las señales profundas
del génio y los desengaños,

ya sale de su morada,
atraviesa ya los campos,
ya los arroyos vadea,
ya dobla los montes altos:

solo vá, solo, y camina
sin treguas y sin descanso

Al fin llega de Granada
á los riquísimos prados,

contempla con emocion
el campamento cristiano,

mira ondular las banderas,
lucir brillantes los cascos,

y ornada de seda y oro
la tienda del rey Fernando.

Respira, sus ojos tiende
por aquel inmenso cuadro,

y entre las nubes del cielo
que agita favonio manso,

piensa ver aquellos mundos
que vió en sus sueños dorados,

y mas lejos, una hermosa
corona de eterno láuro.

En los reales penetra,
y extranjero, solitario,

nadie le escucha benigno,
nadie le tiende una mano;

que en el pobre, hasta la ciencia
sirve de mofa y escarnio.
Plegue á Dios que no abandone
sus planes, triste y cansado!
¡Plegue á Dios que no se rinda
al escuchar que son vanos,
sus vigiliás, sus estudios,
el afán de tantos años!

NARCISO CAMPILLO.

ADORACION.

POR

D.^a Carolina Coronado y D. Benito Vicetto.

Cárlos era uno de mis mejores amigos pero era tambien el mas insufrible de ellos por su locuacidad enojosa. Sin embargo, era un hombre enciclopédico; lo mismo escribia un artículo sobre el día de difuntos, como sobre nuestras relaciones internacionales con Inglaterra. Nada pasaba en Madrid que él no supiera; á todos conocia, estaba impuesto en la chismografía de teatros y en la crónica escandalosa de los salones... en una palabra, era un libro de memorias.

—Basben, me dijo, qué ojos tienes...! ¡qué encendido estás *diábolo!* te ha pasado algo con alguna *joli mademoiselle* ó con alguna de las últimas *grisettes pur sang* que nos enviaron de París?

Bueno será decir tambien que Cárlos era un hombre polígloto. Todos los idiomas le eran familiares; pero de qué modo...! Cualquiera palabra italiana, francesa ó inglesa que oia, la aprisionaba en su cabeza, y daba tal elasticidad á su acepcion que á todo lo aplicaba con una serenidad pasmosa.

—No tengo nada, Cárlos; no tengo nada... déjame, le dije tratando de desembarazarme de él, ¿no ves qué tranquilo estoy?

Y me violentaba por parecerle tranquilo.

—Vamos... no te esfuerces tanto por aparentar lo que no sientes... dijo él con su eterna sonrisa; porque Cárlos tenia una de esas sonrisas fijas, que ni aun en la desgracia suelen perder los hombres de su especie; á tí te ha pasado algo. Basben, verás como lo adivino: estás enamorado.

Fijé en él los ojos como resentido de aquellas palabras, y Cárlos dió un salto atrás.

—*Per Baco...* ¡que *il signore Basbeni*, dijo asesinando al italiano, acaba de confirmar una cosa que yo siempre ponía en duda porque se opone á mis principios psicológicos ¿con que enamorado es sinónimo de loco? *Sacrebleu*, yo creia que el amor era tan solo la ocupacion de los *desocupados!*

Yo le volví la espalda; pero él volvíó á cogerm

otra vez del brazo y me sentó en la silla mas cercana.

—Mozo, gritó con su voz de tiple, rom y ginebra.

Al oír las últimas palabras de Cárlos me estremeí de alegría como el que concibe una idea consoladora, pero que teme realizar.

—Qué vas á hacer? le pregunté ásperamente, yo no bebo; demasiado fuego tengo en el pecho.

—Lo que voy á hacer, querido Basben mio, es una cura homeopática, *similia, similibus...*; al fuego, fuego.

La idea me pareció buena, y bebí dos ó tres copas de rom con ginebra; pero ay! Cárlos me habia engañado. Mis pupilas parecian chispas... mi frente estaba abrasada; abrasado mi corazón y todo mi sér abrasado. Segun él este era el medio mejor de sofocar en su gérmen una pasión desgraciada, y yo por el contrario, no cesaba de ponderar los encantos de Adoracion... no cesaba de hablar de ella y de él, su amante.

Cárlos quiso conocerla entonces.

Qué distinto entré en el salon de cuando habia salido! qué fuerte me creia para luchar con cualquiera pasión y dominarla! Tal es la poderosa influencia que ejerce en nuestro espíritu esa bebida abrasadora, para dejarnos despues largos días de una apatía ó tristeza fatal que los ingleses, sus mas decididos consumidores, caracterizan de *espleen*.

Cuando volví á ver á Adoracion estaba con él. Paseaban del brazo; y esto me hizo tanto daño que á no ser por Cárlos, yo no sé lo que hubiera hecho en aquel momento de celos y de fiebre.

Anunciaron otro wals, y yo me acerqué á ella.

—Señorita, la dije, tendré el honor de...

—Caballero, tartamudeó ella con los ojos bajos y como si vacilase entre darme la mano ó una escusa.

Él la impelió bruscamente, y volviendo la cabeza, me dijo con una mirada desdeñosa.

—Esta señorita esta enferma, caballero.

(*Se continuará.*)

CRÓNICA LITERARIA.

Recomendamos á nuestros suscritores las lindas leyendas lúgubres, en verso, originales de nuestro amigo el estudioso jóven don Victor Gil y Sanchez; en ellas se revela la mas ardiente inspiracion, y el sentimiento poético llevado á una altura poco comun. Es para nosotros una verdadera satisfaccion el tener ocasion de alabar con justicia en una época tan fecunda en abortos literarios.